

Identidad social negativa y exclusión social: Los jornaleros migratorios en Tamaulipas

Andrade Rubio, Karla Lorena*

Resumen

La relevancia del concepto de identidad social negativa aparece asociada a la centralidad del mismo en la solidificación de procesos de exclusión social. El objetivo general de este artículo es examinar los mecanismos a través de los cuales se construye la identidad social negativa de los jornaleros migratorios que llegan desde Veracruz, San Luis Potosí y Chiapas a la comarca citrícola de Tamaulipas. Se utilizó una metodología cualitativa que incluyó entrevistas en profundidad a 60 jornaleros migratorios, a los presidentes municipales de 3 municipios de la zona y a algunos empleadores. Se concluye que la identidad social negativa de los jornaleros migratorios se construye a partir de dos mecanismos: la veracidad del estereotipo de la falta de higiene de los migrantes, sobre el que se cimentan el resto de estereotipos negativos, y el caso omiso a los comportamientos no estereotípicos. Por lo tanto, si se proporciona a los migrantes alojamientos salubres, se desmoronará el estereotipo de la suciedad y el resto de estereotipos negativos perderán su fundamento.

Palabras clave: Jornaleros migratorios, racismo, identidad social negativa, exclusión social, Tamaulipas.

Negative Social Identity and Social Exclusion: Migrant Farm Workers in Tamaulipas

Abstract

Relevance of the negative social identity concept appears to be associated with its centrality in solidifying social exclusion processes. The general objective of this article is to examine the mechanisms through which the negative social identity of migrant farm workers from Veracruz, San Luis Potosí and Chiapas arriving in the citrus-growing region of Tamaulipas, is built. Qualitative methodology was used that included in-depth interviews with 60 migrant farm workers, presidents of 3 municipalities in the area and some employers. Conclusions were that the migrant workers' negative social identity is built on two mechanisms: first, the veracity of the stereotype of the migrants' poor hygiene, which underlies the rest of the negative stereotypes, and the second, ignoring non-stereotypical behaviors. If migrants are provided with healthy accommodations, the stereotype of dirtiness will crumble and the rest of the negative stereotypes will lose their foundation.

Key words: Migrant farm workers, racism, negative social identity, social exclusion, Tamaulipas.

* Doctora en Sociología por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Profesora titular e investigadora en la Universidad Autónoma de Tamaulipas, adscrita a la Unidad Académica de Trabajo Social y Ciencias para el Desarrollo Humano. México. E-mail: kandrade@uat.edu.mx

Introducción

En México el desmantelamiento de las instituciones gubernamentales que tradicionalmente apoyaron a los productores rurales, el retiro de los subsidios y la apertura del mercado a la competencia de productos extranjeros, intensificaron el flujo de trabajadores migratorios desde las zonas meridionales afectadas por la crisis del café, el tabaco, la caña de azúcar y los granos, hacia áreas hortofrutícolas más septentrionales. En las zonas agropecuarias de atracción de mano de obra migrante ha recibido una extensa atención el estudio del entorno socio-laboral de los jornaleros; sin embargo, una problemática más severa, que no ha sido suficientemente documentada, es la xenofobia y la violencia contra los migrantes, que emana del proceso de construcción de una identidad social negativa que se hace de los jornaleros provenientes de áreas rurales expulsoras de mano de obra.

En Tamaulipas, un estado situado en el noreste de México, la expansión de los cítricos atrajo mano de obra migrante procedente principalmente de Veracruz, pero también de San Luis Potosí y Chiapas, que poco a poco fue desplazando a los locales, porque es más barata y esforzada. Un número creciente de familias veracruzanas se están asentando en los municipios de la zona citrícola: Güémez, Hidalgo, Padilla, Victoria y Llera; también hay cada vez más migrantes que llegan por libre, principalmente desde Veracruz; la contratación de trabajadores en origen se ha extendido desde Veracruz y San Luis Potosí hasta Chiapas, y cada vez más mujeres (sobre todo madres solteras, viudas o separadas) llegan desde Veracruz para poder mantener a sus hijos, que las esperan en el terruño.

1. Metodología

Las investigaciones que estudian los prejuicios en la relación entre autóctonos e inmigrantes a partir de la opinión de los primeros, tienden a presentar una imagen relativamente positiva de la relación entre locales y foráneos, ya que pocas personas reconocen abiertamente que son prejuiciosas (Laborín *et al.*, 2012). Como contraste, cuando se recoge la opinión de los últimos, como se hizo en esta investigación, quedan más al descubierto las aristas existentes en la relación entre autóctonos y foráneos. Por otra parte, se optó por un acercamiento cualitativo, ya que en una temática tan delicada como la estudiada un acercamiento cuantitativo a través de la técnica de la encuesta sólo permite arañar la superficie; como contraste el método cualitativo permite escavar más profundo porque logra crear una mayor empatía con el entrevistado.

La técnica utilizada para recopilar la información discursiva fue la entrevista en profundidad. Las entrevistas fueron conducidas con una guía abierta que incluía temas relativos a su situación en el lugar de origen, la razón por la cual emigraron, el entorno socio-laboral y la relación con la población autóctona, entre otros.

El procedimiento utilizado para seleccionar la muestra fue el muestreo intencional. Entre Marzo de 2007 y Enero de 2010 fueron entrevistados sesenta jornaleros migratorios procedentes de Veracruz, San Luis Potosí y Chiapas, que llegaron a los municipios Tamaulipecos de Güémez, Padilla e Hidalgo, para trabajar en la pizca de la naranja. Quince se habían asentado en Tamaulipas; quince llegaron por libre; otros quince fueron contratados en origen, y quince eran mujeres. Asimismo, también fueron entrevistados los presi-

dentes municipales de los tres municipios donde se realizó la investigación (Güémez, Padilla e Hidalgo), y algunos empleadores: los dueños de algunas recibas de naranja que existen en esta zona.

El tamaño de la muestra es un elemento que fue determinado a posteriori, y vino marcado por el alcance de un punto de saturación de información sobre el objeto de estudio. Finalmente, debido al tamaño del material cualitativo recabado (más de medio millón de palabras grabadas y transcritas), en la elaboración de este artículo únicamente se citaron algunos testimonios; sin embargo, estos testimonios son representativos de los discursos recabados.

2. Identidad social negativa y exclusión social: Reflexiones teóricas

El concepto de identidad social negativa ha sido asociado al de exclusión social. La exclusión social expresa situaciones de discriminación cuya naturaleza no es únicamente socioeconómica; sino que presenta un carácter multidimensional. Este concepto fue acuñado en Francia a mediados de los años setenta para hacer referencia a aquellos grupos sociales desprotegidos por el Estado Social de Derecho (Nun, 2001). Enríquez (2007) asocia el concepto de exclusión social a un momento histórico concreto: al surgimiento del Estado neoliberal, que impone una dinámica social excluyente. La noción de exclusión social hace referencia a aspectos relacionales y aparece focalizada en los lazos que ligan el individuo a la sociedad. Este concepto implica no dejar participar al individuo en el juego social, o dejarle fuera de algunos aspectos de la esfera social (Gil, 2002). La noción de exclusión social es más amplia y englobante que otros conceptos sinónimos como “aislamiento social”,

“infraclase”, “pobreza” o “marginación” y puede ser utilizado para definir a cualquier grupo social que experimenta alguna forma de privación; pero esto no significa que sea impreciso. El elemento básico delimitante de la exclusión social es la falta de integración y participación en alguna de las siguientes áreas: económica, social o política.

La suma de estereotipos negativos, prejuicios y la estigmatización del individuo forman una identidad social negativa, que conduce a una profundización de la situación de exclusión social porque impiden que el individuo pueda participar en el juego social. Goffman (2010) señala que el estigma deja al individuo fuera de la esfera social porque se difunde desde el individuo estigmatizado hacia sus relaciones más cercanas, que tienden a evitar la interacción social con éste. Aunque no existe una equivalencia entre identidad social negativa y exclusión social, sí que es posible concluir que aquellas personas que no están integradas en las esferas económica, social o política, sufren una acentuación de su situación de exclusión social cuando adquieren una identidad social negativa.

La formación de prejuicios hace más difícil que una persona pueda revertir una situación de exclusión social y participar en el juego social. Según Molero *et al.* (2001) la formación de estereotipos negativos y prejuicios en contra de determinados segmentos sociales perpetúan una situación de exclusión social, ya que provocan una ruptura de los lazos existentes entre el individuo y la sociedad. Sánchez y Tezanos (2004) señalan que la existencia de prejuicios culturales conduce al rechazo social y acentúa los procesos de exclusión social. En este sentido, Buvinic (2004) afirma que la lectura de las diferencias humanas compartidas por grupos específicos como atributos negativos separan a las personas en-

tre un “nosotros” y un “ellos”, que excluye a aquellos que cobran el estatus de “ellos”.

Por otra parte, la precariedad laboral ha sido asociada a la creación de una imagen negativa de aquellos trabajadores que realizan las actividades que nadie más quiere realizar (Le Blanc, 2007). Según Mora (2008) los problemas de discriminación, racismo y violencia que sufren los migrantes laborales aparecen enraizados en nociones de identidad relacionadas con el género, la raza y la clase social, que distan de las nociones predominantes en la sociedad donde llegan a trabajar. La formación de una identidad social negativa asociada a los migrantes laborales conduce a una identificación entre el trabajo precario y grupos de migrantes específicos, que impide o frena la movilidad del migrante en el mercado laboral y crea barreras que dificultan su integración social. Asimismo, la identidad social negativa que porta el inmigrante le expulsa a la periferia del sistema productivo donde desempeña actividades precarias, mal consideradas socialmente, como la recolección temporera (Molero *et al.*, 2001). En este sentido, Lara (2001) señala que la estigmatización de las características físicas de los migrantes justifica su discriminación laboral.

Los prejuicios y estereotipos presentan dos características nocivas: 1) son resistentes y difíciles de combatir, y 2) tienen capacidad de influir sobre aquellos que los sufren (Martín y Brandle, 2013). Por una parte, el prejuicio influye en los juicios sociales hasta el punto de obviar los elementos objetivos que muestren su falsedad, porque son transmitidos socialmente y las personas se resisten a discrepar de las opiniones dominantes en sus grupos de pertenencia. Por otra parte, la identidad del individuo se deriva de la interacción social; las personas interiorizan y hacen suyas las definiciones negativas que se hacen de ellos, lo

cual acarrea consecuencias sobre su conducta. Este aspecto ha sido suficientemente desarrollado por el interaccionismo simbólico, que considera la identidad como un proceso construido interaccionalmente; es decir, a través de las “actitudes de otros, organizadas e incorporadas a la persona” (Mead, 1973: 37).

Pero posiblemente, el aspecto más dañino de los prejuicios es que legitiman la violencia contra aquellos que acarrearán una identidad social negativa. Para Galtung (1990) la violencia cultural, construida a partir de prejuicios y estereotipos negativos, es más nociva que la violencia directa o que la violencia estructural, porque forma un sustrato que las nutre y hace que sean socialmente aceptables.

3. Los mecanismos de construcción de la identidad social negativa de los migrantes

Recientes investigaciones han constatado la formación de encadenamientos migratorios en zonas agrarias dinámicas de México orientadas a la exportación, consistentes en la llegada de jornaleros migratorios que ocupan los puestos abandonados por los locales. Estos encadenamientos se producen de la siguiente forma: los jornaleros autóctonos abandonan los empleos agrarios y emigran en busca de mejores oportunidades económicas, principalmente en Estados Unidos; de modo que estas zonas se vuelven dependientes de la llegada de mano de obra foránea (Castro, 2011; Lara, 2010). La llegada de inmigrantes acentúa los factores que llevaron a los jornaleros locales a emigrar: los bajos salarios y las condiciones laborales onerosas. Como consecuencia, los trabajadores locales son desplazados del mercado laboral, porque rechazan los bajos salarios que sí aceptan los migrantes (Estrada, 2010; Mora y Maisterrena, 2011). Esta situación crea un malestar entre los

lugareños y desata conflictos entre éstos y los migrantes (Sánchez y Saldaña, 2011; Izcarra, 2010).

En la zona citrícola de Tamaulipas la convivencia entre la población local y los jornaleros migratorios se ha agravado durante la última década. Hasta los años noventa éstos constituían un colectivo relativamente integrado con la población local. Un jornalero de 60 años de edad originario de Martínez de la Torre (Veracruz) decía: “Aquí antes la gente era muy sensible pero ahora no. Muchas veces nos tienen miedo, vamos en una calle y se pasan a otra”. Asimismo, un jornalero de 41 años de edad de Álamo (Veracruz) señalaba: “Hace mucho nos dejaban quedar en un pasillo de la casa de un señor que también cortaba naranja, y pues ahora ni nos habla”. Durante la última década el desplazamiento creciente de campesinos desde áreas afectadas por la crisis del café, el tabaco y la caña de azúcar (el norte de Veracruz, San Luis Potosí y Chiapas) ha elevado la competencia por el empleo y ha contribuido a un mayor distanciamiento entre los trabajadores migratorios y la población local.

Los pizcadores que emigran a Tamaulipas constituyen una población profundamente estigmatizada. La población local los percibe como gente mala y amenazadora. Pero, los migrantes insisten en que estos prejuicios son falsos y equivocados; por lo que interpelan a los autóctonos para combatir dichos estereotipos negativos. Aunque esta actitud beligerante que busca revertir la formación de prejuicios; solo los acrecienta. El mecanismo utilizado para la perpetuación del prejuicio es el caso omiso a los comportamientos no estereotípicos. Aunque los migrantes traten con respeto a los autóctonos, trabajen duro y paguen por todo lo que consumen, los locales asumen que no tienen respeto, son vagos y ladrones. Un pizcador de 23

años de edad de Tuxpan (Veracruz) señalaba: “Me han dicho que tengo ojos de maldito, y yo les he dicho a las señoras cuántas veces le he faltado el respeto para que diga eso de mí”. Otro jornalero de 22 años de edad de Tlapacoya (Veracruz) hacía una afirmación similar: “Creen que porque somos feos ya les vamos a hacer algo”. Asimismo, un jornalero veracruzano de 37 años de edad decía: “Yo he visto que nos ven feo cuando vamos a comer al centro o cuando entramos a una tienda”. Un estereotipo muy arraigado es el que les define como ladrones. Un jornalero veracruzano de 27 años de edad afirmaba: “La gente de aquí nos tiene como miedo (...) Cuando yo me metía a la tienda de abarrotes pues se quedaban viendo a uno como si les fuera a robar algo”. Una mujer de 41 años de edad de Álamo Temapache (Veracruz) no comprendía por qué los locales les miraban mal, y les veían como delincuentes, cuando en realidad se pasaban todo el día trabajando y siempre pagaban por todos los bienes y servicios que utilizaban o consumían: “algunos pues nos ven mal aquí. Es triste porque uno viene a hacerles un trabajo; nosotros, pues, nos partimos el lomo aquí trabajando, yo ya me canso mucho y pues aquí ando por necesidad. Lo que comemos lo pagamos; pero nos ven como delincuentes”.

Para las autoridades municipales el principal problema es el asentamiento de un número creciente de migrantes, que ya no regresan al terruño. Los municipios tienen recursos limitados para la asistencia social (principalmente el Seguro Popular y el Programa Oportunidades); pero los migrantes que se quedan demandan estos programas. La forma como se justifica la exclusión de los migrantes de la asistencia social es a través de la reiteración de los estereotipos negativos que les describen como gente de malas costumbres, que constituye una amenaza para la po-

blación local. El presidente municipal de Hidalgo decía: “El miedo que tenemos con esta población es que se lleguen a quedar aquí, tiene muy malas costumbres, son muy sucios. Entre semana se les pasa, por su trabajo; pero el domingo, que aquí no se acostumbra a trabajar, también huelen muy mal.” Asimismo, en la siguiente afirmación, realizada por el presidente municipal de Güémez, donde afirma que los jornaleros veracruzanos se distinguen por su físico y porque hablan de forma diferente, es posible percibir un discurso racial que influye para justificar la falta de apoyo municipal a los migrantes.

“Hay gente que nos encontramos, que ya tienen su casa de material y nos dice: ya tengo mi credencial del elector, soy ciudadano de aquí del municipio, y nos dice: apóyenos para comprarnos un transformador de luz, porque somos como diez familias las que estamos ahí, y por más que queramos no les podemos apoyar porque están asentados en un terreno irregular, porque es propiedad de la federación, y esta gente aunque tengan la credencial del elector no los deja ser veracruzanos, porque luego, luego se distinguen por su físico y porque hablan jarocho.”

La formación de estereotipos negativos y prejuicios culturales forjan una identidad social negativa, diferente a la de la mayoría, que queda manifiesta en la frase: “luego se distinguen por su físico y porque hablan jarocho”. Los autóctonos han trazado fronteras morales y mentales entre los que pertenecen a su propia comunidad moral, y los que son excluidos de esta pertenencia. Como consecuencia, a los locales el municipio les apoya; pero no a los migrantes, aunque residan permanentemente en Tamaulipas. Molero *et al.* (2001:15) señalan que los excluidos

son percibidos como “no merecedores”. Esto se refleja en la afirmación: “y por más que queramos no les podemos apoyar”. Los autóctonos utilizan este mecanismo para lucrar de los migrantes. Los tamaulipecos viven en viviendas que poseen los servicios básicos; pero no así los migrantes, ellos son recludos en infra-viviendas que carecen de agua potable y drenaje. En un mercado donde la oferta de vivienda es escasa los caseros lucran hacinando a los migrantes en condiciones que no son aceptables para los locales. Como los primeros son etiquetados como gente sucia, los caseros no acondicionan los cuartos que rentan a los migrantes durante la temporada de la pizza. Asimismo, los enganchadores también se valen de la identidad social negativa de los migrantes para obligarles a trabajar sin importarles que se magullen o deshidraten, porque saben que si un trabajador se accidenta pueden devolverlo a su lugar de origen para que otro le sustituya. La construcción de una identidad social negativa reduce a los migrantes a instrumentos de trabajo que pueden ser remplazados.

La construcción de una identidad social negativa también presenta gradientes: es en los indígenas chiapanecos y las mujeres sobre quien recaen los estereotipos más negativos. Los primeros acarrear el estigma tribal de la raza transmitido por herencia (Goffman, 2010). Un jornalero veracruzano de 23 años de edad, describía a los chiapanecos del siguiente modo: “los chiapanecos son negros y bien feos, y se espanta uno”. Asimismo, uno de los dueños de las recibas de naranja les definía del siguiente modo: “Sí que son bien broncados, que por cualquier cosa te sacan el cuchillo y pues es un peligro.” Las últimas están más estigmatizadas que los varones. Marroni (2000:154) en un estudio sobre la región del Valle de Atlixco (Puebla) señala que las mujeres solas “se hacen propicias a un mayor

estigma”. La población y las autoridades locales las perciben como mujeres lujuriosas, que no tienen reparo en asumir el riesgo de emigrar solas y trabajar al lado de hombres. Así, cuando denuncian una situación de acoso o agresión sexual, son ignoradas.

Sin embargo, no todos los estereotipos son falsos. La población local percibe sobre todo a los migrantes que llegan por libre como personas que atentan contra los valores sociales establecidos porque no se asean. Los propios entrevistados reconocen que siempre están sucios. Los migrantes que se asentaron en esta comarca tienen acceso a una vivienda algo más digna y aquellos que llegan contratados son menos visibles porque los enganchadores les alojan en bodegas situadas fuera de los núcleos poblacionales; pero, los que llegan por libre (el grupo más numeroso) se instalan en los centros urbanos en condiciones insalubres.

El estereotipo que más se repite es la falta de higiene de los migrantes. Pero esto se debe a que los cuartos donde se alojan los migrantes carecen de baños y los escasos baños públicos existentes en la zona les están vetados. Uno de los entrevistados señalaba: “Me han platicado algunos compañeros de cuadrilla que vienen de Veracruz, que en la oficina de la central de autobuses tiene baño, pero no los dejan entrar a las personas que llegan de Veracruz”. Los migrantes únicamente pueden lavarse en los ríos. Pero la población local no permite que éstos se asean en espacios públicos; por lo tanto, su reacción es apedrearlos. Como se afirmaba en una entrevista: “Cuando se bañan en el río, los jóvenes del municipio son bien volados les avientan piedras desde el puente, y les dicen órale puercos”. La población autóctona dice que los migrantes son gente sin vergüenza e irrespetuosa con las normas de convivencia socialmente aceptadas,

porque realizan sus necesidades fisiológicas a la vista de los demás y comen sin lavarse, simplemente se restriegan sus manos ennegrecidas por el sudor y el polvo en los pantalones. Como señalaba un pizzador de Martínez de la Torre (Veracruz):

“Todos nosotros llegamos de la pizza bien cansados y lo primero una coca o una cerveza, por la sed, con las manos sucias. Así comemos también; queremos lavarnos las manos y no nos dan agua ni siquiera para las manos, pues nos las limpiamos con el pantalón, y al baño vamos pues allá atrasito. Pero, pues, nos ve la gente; pero muchas veces tenemos muchas ganas de ir y no nos podemos aguantar. Es muy triste y penoso hacerlo pero no nos dejan otra salida. Cuando alguna vez nos ve alguna persona haciendo nuestras necesidades nos dicen de cosas, así pues groserías, nos avientan piedras”.

Para la población local residir cerca de los trabajadores migratorios constituye una fuente de malestar. El presidente municipal de Güémez relataba el elevado número de quejas recibidas relativas a la falta de higiene de los trabajadores migratorios: “Mucha gente los ve muy mal, hay gente que hasta les tiene miedo, hay gente que viene llorando diciendo que ya no soporta más, que al lado de su casa hay unos veracruzanos viviendo y que es insoportable, que hacen sus necesidades fuera sin importarles quien los está viendo.”

El que uno de los estereotipos (la falta de higiene) sea verdadero les permite construir sobre una base sólida la identidad social negativa de los migrantes. Los tamaulipecos pueden comprobar que los migrantes no se asean (porque no tienen donde hacerlo) y siempre están sucios (porque en su trabajo se

empapan de sudor); por lo tanto, asumen que el resto de estereotipos negativos que les atribuyen también son ciertos, y es sobre este conjunto de estereotipos donde se construye la identidad social negativa de los migrantes.

En conclusión, existen dos mecanismos constructores de la identidad social negativa de los migrantes: 1. La constatación de la veracidad del estereotipo de la falta de higiene sobre el que se cimientan el resto de estereotipos negativos, y 2. El caso omiso a los comportamientos no estereotípicos.

La consecuencia de la construcción de una identidad social negativa es la justificación de: 1) un acoso y vigilancia constante de los migrantes; 2) una instrumentalización de los mismos, y 3) una resistencia de los autóctonos a que sus hijos se eduquen con los hijos de los migrantes.

3.1. El acoso y vigilancia de los migrantes

Durante la temporada de la naranja se produce un reforzamiento de las policías locales para contener a quienes se perciben como personas que atentan contra los valores sociales establecidos. El Presidente municipal de Güémez afirmaba: “Nuestros policías llega el fin de semana y no se dan abasto con tanta gente. Hemos ampliado los espacios de la delegación de policía, y esto sucede en la temporada de naranja y sobre todo los fines de semana”. Aunque el acoso por parte de las fuerzas del orden no se reduce a los espacios de inmigración. En la frontera entre Veracruz y Tamaulipas la policía federal y las autoridades migratorias realizan controles de los pasajeros que viajan en autobús. A los pizcadores les delatan sus ropas y el color de su piel. Como consecuencia, frecuentemente son objeto de es-

crutinio, y cuando no portan un documento de identidad (porque lo perdieron o no fueron registrados al nacer) son detenidos bajo la sospecha de encontrarse ilegalmente en México. Finalmente, después de hurtarles el dinero que traen, son liberados. Como decía un jornalero veracruzano de 31 años de edad: “te acosan porque piensan que eres de Centroamérica y que vas de ilegal para el otro lado y a veces sí te confunden; a mí sí me han confundido con esas personas que le digo y me han preguntado el himno nacional, y si te pones nervioso te va mal”.

El acoso y vigilancia constante sufrida por los migrantes, conduce a una interiorización y auto-imputación de valencias negativas, que hace que algunos se sientan como delincuentes. Esto se debe a que el individuo estereotipado suele asimilar y hacer suyo el contenido del estereotipo (Martín y Brandle, 2013: 86). Lo que resulta paradójico es que los migrantes son casi siempre los agredidos y muy pocas veces los agresores. Pero su propia identidad social negativa hace que la policía no investigue estos casos, ya que su apariencia les delata. Por otra parte, los trabajadores migratorios también son objeto de la rapiña de la policía. Para los policías locales cualquier comportamiento sospechoso (ingerir alcohol en la calle o levantar la voz) se convierte en una excusa para detenerles y quitarles el dinero. Un pizcador de 32 años de edad de Gutiérrez Zamora (Veracruz) señalaba: “Esa policía de Güémez nada más viene a estafar (...) nada más vienen a atracar, ven que un compañero esté medio de lado para llevárselo, y lo levantan no más para quitarle la feria (...) y se los llevan para el Carmen, y en el tramo del camino los bajan, se arreglan y ellos, sólo quieren el dinero.”

3.2. La instrumentalización de los migrantes

La identidad social negativa de los migrantes conduce a su despersonalización e instrumentalización. Para la población autóctona el lugar de los migrantes está en las huertas y no se permite que se relacionen con la población local. El ocio y la diversión son elementos de los cuales se encuentran privados y a los que no tienen acceso. Después del trabajo se recluyen en los cuartos que rentan, y generalmente solo salen para comer, beber, o para hacer alguna compra. La población local no permite que los jornaleros migratorios disfruten de su tiempo de asueto. Un jornalero de 25 años de edad de Gutiérrez Zamora (Veracruz) afirmaba: “La vez pasada me agarraron a golpes entre varios, y pues, yo fui a un baile porque estuvieron los tigrillos de Nuevo León y pues fui. Ese día ni trabajé y me pusieron una que duré como dos días tirado en el suelo sin ganas de poder levantarme y pues aquí la raza del cuarto me traía comida o me daba de lo que ellos comían y pues sí es como decirle, como racismo, nos llaman indios cochinos. Y pues ese día de lo que me acuerdo es que me dijeron: y a ti quien te invitó pinche indio malo-liente, este baile es para nosotros, tú vete a cortar las naranjas.”

En el caso de aquellos que son contratados en origen, para garantizar la disciplina en el trabajo, los enganchadores impiden que sus trabajadores hablen con otras personas. Si uno de ellos es sorprendido hablando con alguien puede ser expulsado del grupo. Por lo tanto, este régimen de trabajo se asemeja a una situación de esclavitud, donde el jornalero trabaja hasta la extenuación, vive aislado, se le prohíbe comunicarse con otra gente que no pertenezca a su grupo, y recibe una frugal alimentación.

3.3. El rechazo a los hijos de los migrantes

Los hijos de aquellos jornaleros migratorios que se asentaron en la zona asisten a las escuelas locales. Sin embargo, la población local no acepta que sus hijos se eduquen con los hijos de los migrantes, ya que ven en estos últimos una mala influencia para sus hijos. Un jornalero de 38 años de Tampico Alto (Veracruz) asentado en el Barretal (Padilla), que tenía tres hijos, decía que: “en la primaria en donde están los niños son bien groseros con mis hijos por ser muy morenitos y a uno de mis hijos hasta llora mucho y no quiere ir a la escuela”.

El presidente municipal de Güémez también subrayaba la dificultad de los hijos de los migrantes para ser aceptados y poder integrarse dentro de las escuelas: “De repente se da que se vienen sus familias y la misma comunidad los margina; de repente tuvimos el problema de niños que los molestaban mucho en la escuela; de señoras que tenían que cumplir con el programa de desayunos escolares y las señoras de las comunidades de aquí no las dejaban integrarse a los equipos.”

4. Consideraciones finales

La relevancia de abordar el concepto de identidad social negativa aparece asociada a la centralidad del mismo en la perpetuación de procesos de exclusión social. No es posible una integración social del migrante en la sociedad de acogida si no se quiebran los prejuicios asociados a características físicas, culturales o étnicas.

Los jornaleros migratorios que llegan a Tamaulipas para trabajar en la pizca de la naranja han cobrado una identidad social negativa que justifica: i) la exclusión de la asistencia social (las familias migrantes no tienen acceso al Seguro Popular y al Programa Oportunida-

des); ii) la explotación laboral (los capataces les obligan a trabajar hasta la extenuación porque les perciben como “no merecedores”, como personas de malas costumbres, que no merecen recibir un buen trato), y iii) la violencia. La formación de prejuicios genera una forma de violencia cultural que justifica la violencia directa (cuando los locales agreden a los migrantes no se toman en cuenta las denuncias de éstos) y la violencia estructural (no se critica que la policía detenga y extorsione a los migrantes que deambulan por las calles).

Los migrantes que se asentaron en esta comarca ven cómo sus hijos son discriminados en las escuelas; los que llegan por libre durante la temporada de la pizca son calificados como personas sin valores que no respetan las normas de convivencia socialmente aceptadas porque no tienen espacios donde asearse; los que son contratados en el lugar de origen son mantenidos por los enganchadores en una situación de aislamiento e incomunicación, y a las mujeres se las desprecia porque trabajan en cuadrillas donde sólo hay hombres.

El elemento clave para revertir la construcción de la identidad social negativa de los migrantes, que acarrea resultados tan dañinos, requiere la implementación de medidas que adecúen la oferta de viviendas salubres (que deberían ser subvencionadas tanto por los empleadores como a través del Programa Nacional de Jornaleros Agrícolas) a la demanda. Es la visibilidad del estereotipo de la falta de higiene lo que lleva a la población autóctona a asumir como ciertos el resto de estereotipos negativos que definen a los migrantes como personas lascivas, faltas de pudor y violentas, que hurtan los bienes ajenos. Por lo tanto, si se quiebra el estereotipo de la suciedad proporcionando a los migrantes alojamientos salu-

bres, el resto de estereotipos perderán su fundamento, lo cual debilitará el proceso de construcción de una identidad social negativa.

Bibliografía citada

- Buvinic, Mayra (2004). “La inclusión social en América Latina”, en: Buvinic, Mayra, Mazza, Jacqueline, Pungiluppi, Juliana, Deutsch, Ruthanne (coordinadores) **Inclusión social y desarrollo económico en América Latina**. Banco Interamericano de Desarrollo. Colombia. Pp. 3- 35.
- Castro Domingo, Pablo (2011). “Floricultura, redes migratorias y mercado de trabajo”, en: Lara Flores, Sara María (coordinadora) **Los “encadenamientos migratorios” en espacios de agricultura intensiva**. Miguel Ángel Porrúa. México. Pp. 213-273.
- Enríquez, Pedro Gregorio (2007). “De la marginación a la exclusión social: Un mapa para recorrer sus conceptos y núcleos problemáticos”, **Fundamentos en Humanidades**. Vol. 8, No. 1(15). San Luis, Argentina. Pp. 57-88.
- Estrada Lima, Quetzalli (2010). “La colonia Guadalupe Hidalgo como nicho migratorio de jornaleros agrícolas y centro de contratación”, en: Sánchez Gómez, Martha Judith y Lutz Bachere, Bruno (coordinadores) **Balance y perspectivas del campo mexicano: a más de una década del TLCAN y del movimiento zapatista. Tomo III Migraciones y movilidad laboral**. UNAM. México. Pp. 249-276.
- Galtung, Joan (1990). “Cultural Violence”. **Journal of Peace Research**. Vol. 27. No 3. Oslo, Noruega. Pp. 291-305.
- Gil Villa, Fernando (2002). **La exclusión social**. Ariel. Barcelona. 134p.

- Goffman, Erving (2010). **Estigma. La identidad deteriorada**. Amorrortu Editores. Buenos Aires. 183p.
- Izcara Palacios, Simón Pedro (2010). "Migración irregular y aislamiento social. Los jornaleros tamaulipecos indocumentados en los Estados Unidos". **Revista Internacional de Sociología**. Vol. 68, No. 2. Córdoba. España. Pp. 453-472.
- Laborín Álvarez, Jesús Francisco; Parra Armenta, Erik Misael y Valdez Gardea, Gloria Ciria (2012). "Discriminación y prejuicios de jóvenes sonorenses hacia el migrante indígena". **Estudios Sociales**, Segundo número especial. Marzo 2012. Sonora. México. Pp. 331-347.
- Lara Flores, Sara María (1991). "Las obreras agrícolas: Un sujeto social en movimiento". **Nueva Antropología**. Vol. 11, No. 39. Distrito Federal. México. Pp. 99-114.
- Lara Flores, Sara María (2010). "Los "encadenamientos migratorios" en regiones de agricultura intensiva de exportación en México", en: Lara Flores, Sara María (Coordinadora) **Migraciones de trabajo y movilidad territorial. Miguel Ángel Porrúa**. México. Pp. 251-279.
- Le Blanc, Guillaume (2007). **Vidas ordinarias, vidas precarias: Sobre la exclusión social**. Editorial Nueva Visión. Buenos Aires. 192p.
- Marroni, María Gloria (2000). **Las campesinas y el trabajo rural en México de fin de siglo**. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. México. 218p.
- Martín Cárdbaba, Miguel Ángel y Brandle, Gaspar (2013). "Buscando la inclusión de las minorías en un contexto multicultural. Una revisión teórica del prejuicio y de las estrategias para reducirlo". **Papers**. Vol. 98, No. 1. Pp. Barcelona, España. 79-102.
- Mead, George Herbert (1973). **Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social**. Paidós Básica. Barcelona. España. 408p.
- Molero, Fernando; Navas, Marisol y Morales Francisco, (2001). "Inmigración, prejuicio y exclusión social: reflexiones en torno a algunos datos de la realidad española". **Internacional Journal of Psychology and Psychological Therapy**. Vol. 1, No. 1. Almería. España. Pp. 11-32.
- Mora, Claudia (2008). "Globalización, Género y Migraciones". **Polis: Revista Académica Universidad Bolivariana**. Vol. 20, No. 7. Santiago. Chile. Pp. 285- 296.
- Mora Ledesma, María Isabel y Maisterrena Zubirán, Javier (2011). "Movilidad laboral y encadenamientos migratorios en torno a un sistema de agricultura intensiva en el valle de Arista, San Luis Potosí", en: Lara Flores, Sara María (coordinadora) **Los "encadenamientos migratorios" en espacios de agricultura intensiva. Miguel Ángel Porrúa. México**. Pp. 79-149.
- Nun, José (2001). **Marginalidad y exclusión social**. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires. 321 p.
- Sánchez Morales, M. R. y Tezanos Vázquez, S. (2004). "Los inmigrantes sin hogar en España: un caso extremo de exclusión social". **Revista del Ministerios de Trabajo y Asuntos Sociales**. No. 55. Madrid. España. Pp. 45-64.
- Sánchez, Kim y Saldaña, Adriana (2011). "Configuración de corrientes migratorias alrededor del mercado de trabajo de la Okra en Morelos", en: Lara Flores, Sara María (coordinadora) **Los "encadenamientos migratorios" en espacios de agricultura intensiva. Miguel Ángel Porrúa. México**. Pp. 151-211.